

La calle
Diario de un espectador

para el jueves 15 de octubre de 2009

Hidalgo radical
por miguel ángel granados chapa

Nos quedamos ayer atentos a la conversación sostenida entre don Miguel Hidalgo y Costilla y su admiradora, la maestra Patricia Galeana, en un café de Tlalpan. Para confeccionar esta plática imaginaria, la autora leyó lo escrito por el prócer “en sus seis meses de campaña: cartas, manifiestos y proclamas”, así como lo que se ha dicho de él, desde “los testigos presenciales de los hechos, como Lucas Alamán, Carlos María de Bustamante, José María Luis Mora y Lorenzo Zavala, hasta sus diversas biografías, en orden de aparición: la de Manuel Orozco y Berra, aparecida a casi medio siglo de su muerte, la de Agustín Rivera principios del siglo XX, la de Manuel Castillo Ledón de mediados del siglo pasado”.

La historiadora repasó también los textos de sus maestros, “tanto de Edmundo o’Gorman como de Alfonso García Ruiz, y los de los Ernestos, Lemoine y De la Torre”. Recordó “el recorrido por la ruta que siguió el líder insurgente con Paco de la Maza, con sus 260 pirámides truncas rematadas por una águila (hechas a manera de señalización histórica)”. También leyó “los escritos más recientes del historiador Herrejón Peredo, quien fuera sacerdote, y el *Antihidalgo*, la crítica más furiosa que le hicieron en su tiempo, así como las múltiples apologías y discursos patrióticos de los 16 de septiembre...”

El conocimiento resultante permitió a la maestra Galeana comentar a Hidalgo la efusión de sangre de su revolución: la matanza de la alhóndiga de Granaditas, las ejecuciones de la barranca de Bateas y del cerro del Molcajete en Valladolid, y la de Oblatos en Guadalajara. Ante lo cual el héroe explica:

“Estábamos en una guerra a muerte. Era su vida o la nuestra. Así son las revoluciones, sangrientas. Recuerda la Revolución francesa, la guillotina que no dejó de trabajar noche y día. Hubo, en efecto, el desbordamiento de la gente, por el resentimiento acumulado en siglos de vejaciones, y también se hicieron ejecuciones por órdenes mías. Para cualquier campaña militar, los prisioneros son un problema, no se puede custodiarlos. En nuestro caso, además, no teníamos un ejército profesional, ni recursos para mantener a los enemigos de nuestra causa, sino teníamos siquiera para los nuestros.

--Pero usted originalmente quería aprehenderlos y deportarlos a España, y que se respetaran sus bienes.

--Sí, pero en la práctica no se pudo hacer; por eso hubo las ejecuciones que mencionas. También tiene que tomar en cuenta que los realistas arrasaban pueblos enteros, no respetaban a mujeres ni a niños. Calleja ejecutaba a cuatro americanos por cada europeo muerto. No podíamos actuar de otro modo. Es lo que demandaban las circunstancias: supe ponerme en la cresta de la ola, y encabecé una verdadera revolución. En cuanto al saqueo, querían resarcirse de lo que les habían quitado.

Tomaban lo que era de ellos, la riqueza que se había hecho con su trabajo. Además, a la gente hay que darle alguna compensación, tiene que sobrevivir.

--Se desató una lucha de clases, había un gran resentimiento social.

--Sí, habían sido explotados por tanto tiempo, que estaban ávidos de venganza; en todas las guerras se cometen excesos en el frenesí de la lucha. Es la parte triste de toda epopeya...Sí, fui radical en lo social. Planteé devolver sus tierras a los pueblos que carecían de ellas. Mandé a los jueces de distrito que procedieran inmediatamente a la recaudación de las rentas vencidas hasta el día por los arrendatarios de las tierras pertenecientes a las comunidades de los naturales para que, enterándolas en la Caja nacional, se les entregaran para su cultivo, sin que para lo sucesivo pudieran arrendarse, pues era mi voluntad que su goce fuera únicamente de los naturales, en sus respectivos pueblos. Pero también hice cambios en lo político”.